

Prólogo

Warwickshire, Inglaterra, 1895

La inmortalidad estaba a su alcance, sólo tenía que alargar la mano.

Devon Carnavorn miró fijamente a las dos mujeres que lo esperaban desnudas en la cama. La tenue luz de las velas acariciaba sus cuerpos cubriéndoles la piel de un cálido y sensual rubor. Luces y sombras se entremezclaban por la habitación tejiendo un lento vals al son de los constantes relámpagos que, fuera, anunciaban tormenta.

Devon sonrió hipnotizado por aquella imagen. La expectación espesaba el ambiente. Su deseo crecía y los impulsos primitivos básicos se multiplicaban en su interior.

Ser. Pertenecer.

La noche anterior sus ojos se habían cerrado al mundo que lo rodeaba. Su corazón dejó de latir, dejó de entrar aire en sus pulmones y su vida mortal simplemente terminó. El aliento de una criatura inmortal lo había despertado de su breve sueño; la sangre de las venas de su señora y el sabor de su profano beso borraron los últimos vestigios de su vida mortal.

Nunca más volvería a ser un humano entre los humanos. Ya no. Había desechado ese caparazón, ese mordaz manto decadente; lo había abandonado del

mismo modo que un gusano se deshace de su crisálida para convertirse en una preciosa mariposa.

De repente, la tormenta envolvió la mansión aislándola del resto del mundo. Un extraño frío, casi glacial, insistía en merodear por las esquinas de la habitación ignorando el fuego que ardía en la chimenea. El viento del exterior vestía el momento de mayor intensidad; un eco sordo de la tormenta que estaba a punto de desatarse en el interior de su alma.

Le escocía la piel; Devon se tocó la frente con la palma de la mano: estaba helada. Le temblaba la mano. Había librado una dura batalla para escapar de las garras de la muerte. Tenía los hombros tensos y la espalda completamente rígida; no se podía relajar. Los segundos pasaban; se convertían en minutos. Lo habían despertado y ahora sabía que se tenía que alimentar; reponer la energía que su cuerpo había perdido al renacer.

La voz de Ariel lo devolvió a la conciencia.

—Te estamos esperando, cariño.

La respiración de Devon se normalizó; la tensión que agarrotaba sus músculos desapareció automáticamente. Ariel había prometido traerle su primera víctima y había cumplido. La imagen de las mujeres desató una oleada de excitación que le recorrió las venas.

Su apetito aumentaba. Por debajo de los pantalones, su erección crecía. «Esta noche me alimentaré bien.»

Ariel sonrió y buscó los ojos de Devon con sus plateados y brillantes ojos azules. El impacto de su penetrante mirada aceleró el corazón de Devon. Una profunda cabellera negra rodeaba la preciosa cara de Ariel. Un brillo azulado emanaba de sus suaves rizos,

realzando aún más su aura ultramundana. Pechos firmes, cintura pequeña y piernas esbeltas. La cara de un ángel. El cuerpo de una zorra.

El alma de un súcubo.

—Ésta es Hannah. —Satisfecha, Ariel acarició despreocupadamente la rubia melena de la chica de un modo íntimo y familiar—. Ella será tu primera vez.

Devon recorrió el cuerpo de la muchacha con la mirada. Era muy joven. No tenía más de dieciocho años, diecinueve como mucho. Sus delicadas pestañas le peinaban las sonrosadas mejillas cada vez que cerraba los ojos. Tenía los labios húmedos y ligeramente separados. La pálida redondez de sus descarados pechos estaba coronada por unos tentadores pezones rosáceos. Perdida en un ligero trance, la chica recordaría muy poco de la experiencia.

El impacto de su exuberante cuerpo secó la boca de Devon. La demanda carnal le retorció las tripas. Tenía la polla tan dura que le dolía. Quería poseer a la chica. No. *Necesitaba* poseerla.

—¿De dónde la has sacado?

Ariel, que se estaba divirtiendo mucho, sonrió misteriosamente.

—Nadie la echará de menos, si es eso lo que te preocupa, lord Carnavorn —pronunció las dos últimas palabras como si se burlase de su título. La valiosísima posición social de Devon no significaba nada para ella. Confiaba plenamente en los encantos de su feminidad, y no daba importancia a nada que no fuesen sus propias necesidades y deseos. El mundo estaba a su entera disposición.

Devon sentía el suave y regular latido de su corazón en las venas; palpataba con fuerza instigado por la

adrenalina que su cuerpo había liberado durante la conversión. Probablemente, la joven había sido seleccionada de los fumaderos de opio de la parte este de la ciudad que a Ariel tanto le gustaba frecuentar.

—Perdona, mi señora. Siempre he confiado en ti.

Mientras hablaba, una punzada le atravesó la cabeza. La bestia se había despertado. De pie y medio tambaleándose, se presionó las sienes con los dedos.

Ariel deslizó la mano suavemente por el vientre plano de Hannah mientras ofrecía su perdón a Devon poniendo morritos.

—Tómala, cariño. Es para ti. —Su tono era muy persuasivo.

La conciencia desplazó automáticamente a la moralidad. La culpabilidad era un sentimiento que no tenía ninguna dificultad en evitar. En ese momento se sentía incompleto.

Ser. Pertenecer.

Enterrando la virtud bajo un manto de desprecio, Devon empezó a desnudarse. Con las manos temblorosas y una dura y palpitable erección, se desabrochó los inoportunos botones.

Con mucha prisa, consiguió deshacerse de la camisa y del chaleco; los tiró al suelo. Detrás fueron las botas y los pantalones.

La mercenaria mirada de Ariel devoró su estilizada y musculosa figura.

—Sabía que eras uno de los nuestros. —La invitación oscureció su mirada—. Ven con nosotras, Devon.

Él se metió en la cama y se acostó a su lado. La seda de las suaves sábanas emitía un leve crujido al entrar en contacto con su hambrienta piel. Cada uno de los objetos que había en la habitación estaba especial-

mente diseñado para crear una atmósfera lujosa que desprendía cierto aire decadente. Las paredes, enmoquetadas en un tono escarlata, estaban cubiertas por tapices de color marfil ribeteados con madera carmesí.

El flexible cuerpo de Hannah se fundió con el suyo con total naturalidad. Sólo el cuerpo de una mujer podía encajar así. Su erección presionó el muslo de la joven. La podría haber poseído inmediatamente, pero una mano invisible le retorció los pulmones. Necesitó toda su fuerza de voluntad para mantener el deseo a raya.

«Ve más despacio —se recordó a sí mismo—. Ésta no es la manera de hacerlo.»

Ariel sonrió.

—Tócala.

Su mano trepó hasta la cadera de Hannah, sus dedos se hundieron en su suave carne. Al sentir su caricia, ella entornó los ojos y sonrió distraídamente.

—Dios mío —murmuró arrastrando las palabras con un inconfundible acento de barrio obrero londinense.

Sintió un lento y regular zumbido bajo la superficie de la piel de Hannah. Al tocarla notó cómo la electricidad circulaba libremente entre su cuerpo y el de la chica.

Pura energía humana.

Devon presionó con más firmeza. Sintió el latir de una fuerza vibrante. La tensión aumentó. De algún modo, su caricia parecía estar alcanzando las reservas más dinámicas de su cuerpo. Las sensaciones eran impresionantes. Alucinantes.

Cerró los ojos y se dejó llevar por las estimulantes sensaciones. El efecto se extendió por todo su cuerpo

como un virus: invadía y reestructuraba su organismo. Cuando era mortal, apenas había sido consciente de ello. Ahora, como Kynn, su cuerpo reconocía de forma natural la necesidad de nutrirse de las energías generadas por los humanos. El deseo azotaba sus sentidos y la polla se erigía de nuevo en señal de demanda.

—¿Lo sientes? —Las palabras de Ariel eran un susurro que encerraba un maravilloso secreto compartido sólo entre ellos dos.

Nervioso y envuelto en un manto de temblorosa necesidad, Devon asintió.

—Lo que estoy experimentando —murmuró— me demuestra que el dolor ha merecido la pena.

Una poderosa y femenina carcajada retumbó en las paredes de la habitación.

—El precio que pagamos por desafiar a Dios nos permite vivir como dioses.

Ariel apartó a un lado la larga melena de Hannah y besó su esbelto cuello. Acarició la piel desnuda del hombro y luego la parte inferior de la barriga, justo por encima del pequeño triángulo de delicados rizos.

Ariel sentía debilidad por ambos sexos y satisfacía sus deseos libremente y sin censuras.

—Ya habías hecho esto muchas veces antes de tu conversión. Sólo tienes que hacer lo que sueles hacer cuando tienes a una mujer preciosa a tu disposición. —Deslizó la mano hacia abajo y sin necesidad de recibir instrucciones, las piernas de Hannah se separaron mostrando su delicioso sexo.

La humedad del vello púbico de la joven indicaba que ya estaba preparada. Reaccionó a las caricias de Ariel con lentos y complacidos movimientos. Era evidente que estaba disfrutando de la mano que acaricia-

ba su húmeda carne. Su aliento se convirtió en un dulce gemido que escapaba de sus labios suave y lentamente. Los aceites perfumados en los que se había bañado le cubrían la piel de un sensual brillo.

Los ojos de Ariel se cruzaron con los de Devon mientras le metía los dedos en la boca y le untaba los labios con aquel jugo almizclado.

—Está tan húmeda... y firme. Tómala, pruébala.

Al mismo tiempo que recomponía su postura para ponerse encima de Hannah, Devon cogió la cabeza de la chica con la mano y le buscó los labios con la boca. Ella aceptó su beso; movía la lengua rápidamente enredándola con la de Devon. Era evidente que no lo estaba pasando nada mal. Los labios de ambos se fundieron en un caliente baile que pronto los dejó jadeando de deseo.

Las manos de Devon exploraron el cuerpo esbelto y firme de Hannah. La tensión la hacía temblar; un delicado rubor le subía por el cuello realzando el azul de unos ojos con expresión de desnuda vulnerabilidad.

A Hannah se le escapó un gemido de placer.

—Tócame. —Se retorció por debajo de él rozándole el hombro con la mejilla—. Por todo el cuerpo.

Devon acarició con suavidad aquellos sedosos rizos; luego, lentamente, deslizó la mano entre sus piernas y exploró su sexo con delicadeza. La húmeda evidencia de su placer potenció el de Devon. La rigidez se adueñó de sus muslos y sus caderas.

Hannah se agarró a los barrotes del cabezal de la cama y abrió más las piernas; cada uno de los deliciosos centímetros de su sexo quedó abierto y preparado para que él lo llenase.

Devon acarició los labios vaginales de arriba abajo,

disfrutando de los maullidos que escapaban de los labios de Hannah, que se estremeció y empujó el cuerpo contra el colchón. Él bajó la cabeza y posó sus labios sobre uno de los pezones. Movi6 la lengua rápidamente sobre el pequeño y duro botón, y luego succionó con fuerza al mismo tiempo que dibujaba húmedos círculos sobre la cima. Cada uno de sus lengüetazos se unía con la energía que fluía bajo la piel de Hannah y que transmitía ondas de intensa necesidad a su cuerpo. Aquellas sensaciones, que iban más allá de la mera lujuria, se concentraron en la ingle de Devon y lo marearon de dolor. El ansia por cubrir su nueva necesidad le provocaba un temblor que le sacudía todo el cuerpo; la transpiración le cubría la piel de un ligero brillo.

Su polla estaba cada vez más dura y una neblina roja cruzó sus ojos. Quería estar dentro de su coño, meterse hasta el fondo; sentir como Hannah se estremecía de placer mientras él absorbía la energía que emanaba de su cuerpo. Excitado. Frustrado. Quería más. Era el momento.

—Lo necesito.

Ariel sonrió mientras paseaba los dedos por la vieja joya que colgaba de su cuello. Era un amuleto de plata en forma de triquetra celta, tres triángulos entrecruzados que simbolizaban los tres aspectos de la dominación Kynn; la comunión entre la sangre, la carne y el sexo.

Los laterales del amuleto estaban lo suficientemente afilados como para cortar carne humana. A decir verdad, se había utilizado para eso muchas veces. Tiró de él con fuerza; la cadena se rompió. Esbozó una satisfecha sonrisa y le ofreció el amuleto a Devon.

Él, totalmente fuera de control, aceptó el amuleto. Se quedó petrificado un momento, dudaba y sentía

aprensión. Para establecer la conexión con su víctima, tenía que beberse su sangre.

Bajó la cabeza y se miró el cuerpo. Su torso estaba cubierto de pequeñas cicatrices. Una profunda y fría sensación de miedo le agarrotó el pecho. Se le hizo un nudo en la garganta. Sentía cómo se le clavaban las espigas de su abandonada religión. Los Kynn tenían que tomar comunión con su víctima. Lo sabía desde que había decidido aceptar la invitación que le hizo Ariel cuando le propuso que se uniese a su mundo prohibido. Los Kynn, caídos del cielo y sin poder entrar en el infierno, eran seres marginados por ambos mundos.

Ariel percibió sus dudas.

—Cuando cortes, hazlo rápido. —Una sonrisa se dibujó en sus labios—. No le harás tanto daño.

Dudando, Devon apretó los dientes y tragó saliva. Su mano sólo tembló un momento cuando hendió uno de los afilados laterales en la suave piel del pecho izquierdo de Hannah, luego lo deslizó bruscamente hacia abajo. Su piel se abrió; la íntima invasión la hizo gritar del susto. La sangre manó del delgado corte rojo.

Ariel se inclinó sobre Hannah y apaciguó su dolor susurrándole suaves palabras de consuelo y con delicados besos. Las bocas de las chicas se unieron y se devoraron los labios mutuamente.

El amuleto resbaló de los relajados dedos de Devon y cayó al suelo. Al percibir la presencia de la sangre, la bestia escondida en lo más recóndito de su mente tomó el mando. Una antigua y primitiva criatura le apartó de sus pensamientos y se hizo con el control. Lo invadió un instinto ferozmente animal; un apetito prohibido por Dios y desdeñado por Satán.

Devon lo sintió dentro de su cabeza, bajando por

su espalda e introduciéndose en su cuerpo hasta llegar a sus huesos; parecía que lo fuese a partir por la mitad. Ardiendo incontrolable, el ser que había liberado fue imparabile. Negar su presencia hubiese sido inútil.

Devon temblaba; una fuerte sensación de ansiedad se había adueñado de él. Apretó los labios contra la herida y la sangre caliente le cubrió la lengua. El sabor no era tan desagradable como se había imaginado. Bebió deleitándose en la cobriza dulzura que se deslizaba suavemente por su garganta. El sabor era como el de la miel recién extraída de la colmena.

—Sólo necesitas beber un poco para alcanzar la conexión —le dijo Ariel—. Ahora puedes extraer de su cuerpo las energías que sostendrán el tuyo.

Devon se puso de rodillas y se colocó entre las piernas abiertas de Hannah. Sin apenas atreverse a respirar, deslizó sus manos por la parte interior de sus muslos. Tocarla lo intoxicó. Su efecto lo invadió como un trago de buen whisky en una fría noche de invierno. Le provocó una sensación de instantánea satisfacción. Bajó los ojos y vio el precioso sexo de Hannah. Su polla, una bestia ansiosa por ser alimentada, se arqueó hacia su estómago.

Como un director guiando a su orquesta, Ariel cambió de posición y se situó detrás de Devon. Él la sintió a su espalda: dibujaba lentos círculos alrededor de sus oscuros pezones con los dedos. Devon notó las frías y suaves manos de Ariel sobre su abrasadora piel. El contraste entre el frío y el calor lo enloqueció.

—Lo estás haciendo muy bien, mi amor. Tómala, poséela.

Devon gimió y en su cara se dibujó una mueca; parecía de dolor.

—¡Oh, Dios mío! Puedo sentirlo dentro de mí.

Un susurro le acarició dulcemente la oreja.

—Déjate guiar. Tu cuerpo sabe lo que debe hacer.

Devon apretó los dientes. Lo deseaba con ardiente y fiera necesidad; nunca había sentido nada igual.

Agarró las caderas de Hannah y empujó hacia delante metiéndose dentro de ella con una única y fuerte embestida, sintiendo la lustrosa y suave piel de sus desnudos muslos rozándole la cadera. A Devon se le escapó un profundo gemido al mismo tiempo que Hannah emitía un pequeño grito. Una sedosa envoltura le abrazaba la polla con fuerza.

Su erección palpité. *Aún no*. Sus reacciones eran más instintivas que racionales.

Devon cerró los ojos. Salió del cuerpo de Hannah con una lentitud casi tormentosa y volvió a embestirla observando cómo desaparecía toda su longitud dentro del cuerpo de la chica.

La sacó. Otro empujón.

Las sensaciones se multiplicaron por diez. Los tensores músculos internos de Hannah lo envolvían como un guante de terciopelo, líquido y caliente.

¡Oh, Dios mío!

Aceleró el ritmo y su autocontrol empezó a desaparecer. Perdiendo la contención, levantó las caderas de Hannah, la cogió por el culo y la embistió otra vez. Una oleada de calor le invadió la ingle y, tras cada empujón, el ardor se extendía por las cremosas profundidades de la joven.

El tiempo dejó de existir. Una nueva fuerza recorrió su cuerpo. Cada vez que la embestía alcanzaba el centro de la energía más pura; la energía que sustenta la vida.

Mientras la penetraba, Devon apenas podía distinguir la forma exacta del cuerpo de Hannah, cuyos desesperados quejidos transportaban su pasión hacia un terreno febril.

Hannah gemía, temblaba y luego perdía el ritmo. Primero se asustaba y después sentía placer; sus gemidos se tornaban primitivos gritos guturales. El camino hacia el clímax se iba construyendo, seguro y fuerte.

El aliento le abrasaba los pulmones y sus caderas eran imparables; Devon se retiró y luego volvió a entrar con fuerza, hasta el fondo. Esta vez sintió los resultados físicos de la fricción entre ambos, el crepitar de la energía en estado puro abandonando el cuerpo de Hannah para entrar en el suyo. La esencia de la chica lo inundó.

El aire tembló a su alrededor; una extraña picazón trepaba por su piel y se deslizaba por su espalda. No las vio exactamente, pero sintió cómo extrañas distorsiones se arrastraban sigilosamente por las esquinas de la habitación. En el interior de su mente, la desfiguración era puro fuego; giraba a su alrededor y se le acercaba a una velocidad alarmante. Un rugido lejano le llegó a los oídos; la sensación le produjo un suave mareo que le nubló la vista y luego le oscureció la visión. Todo el peso de la eternidad amenazaba con aplastarlo y resucitarlo al mismo tiempo. Una fuerza superior le destruía la mente y se mezclaba con un tormentoso placer infinito; energía en estado puro le recorría el cuerpo. Tenía la sensación de que la sobrecarga le haría explotar.

Una explosión luminosa desplegó un resplandor de color naranja y de un rojo cegador. La energía de toda vida, la intensidad de toda creación, recorrió su cuerpo como un rayo. En ese momento, el tiempo y el es-

pacio eran una única entidad de puro poder y majestuosidad. Sin duda había disfrutado del principio, del final y del transcurso de aquel momento.

Hannah levantó el pecho y arqueó el cuello; su cuerpo se sacudió y se estremeció. El pulso, acelerado, le golpeaba la garganta y latía bajo su pálida piel como el aleteo de un pájaro. Gimió. Sus ojos ardían debido al calor producido por la conexión que había alcanzado con Devon; no podía parar de jadear.

Él se estremeció y sacó la polla del cuerpo de la chica. Un blanco y caliente placer hizo implosión en su tripa y lo recorrió como un río de fuego desde la cabeza hasta la punta de los pies. Una explosión de sensaciones se agolpaba en su cerebro haciendo añicos hasta el último de sus pensamientos. No podía pensar, tampoco podía respirar, pero no le importaba. Bajo su cuerpo, la cama había temblado y se había agitado; después todo volvió a quedarse en calma.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió estabilizar el ritmo de su respiración.

Poco a poco, su cuerpo se fue relajando y la tensión de sus músculos disminuyó. El extraño letargo que tan ferozmente se había adueñado de él empezaba a desaparecer.

La respiración de Hannah era muy débil. Lo que acababa de ocurrir la había dejado abatida. Lentamente, su rostro empezó a recuperar el color que había perdido. Un suave gemido escapó de sus pálidos labios y se le cerraron los ojos.

Ariel, orgullosa de la actuación de su amante, cubrió de besos los hombros de Devon.

—Lo has hecho muy bien, amor. —Le rodeó la cintura con los brazos y, posesivamente, colocó las manos

sobre su pecho, mientras, cómplice y entusiasta, le mordisqueaba la húmeda piel.

Cuando la terrible fiebre hubo desaparecido, su riego sanguíneo se hubo restablecido y notó que sus sentidos volvían a funcionar con normalidad, Devon pudo saborear las sensaciones plácidamente gracias a la renovada vitalidad que empezaba a sentir. Se sentía ligero, como si flotara. Lo que sí era nuevo y lo había dejado atónito era la convicción de que aquel primitivo acto era la antesala de una larga y feliz eternidad.

Alucinante.

Warren, California. En la actualidad.

Una vez más, la noche había llegado a su fin. Las garras del alba se aferraban al horizonte de la tierra negándose a ceder ni una hora más a la oscuridad. Lentamente, las orillas del oscuro cielo nocturno se teñían de rosa pálido. Muy pronto, el despiadado sol reinaría de nuevo.

Devon Carnavorn, acostado sobre una *chaise longue*, se tomaba el último trago de su vaso de jerez.

—Una noche más —murmuró para sí— echada a perder.

Con la ropa mal puesta y apestando a sexo, echó una mirada a su alrededor. Estaba rodeado de una proliferación de cuerpos desnudos. El olor corporal que desprendían se mezclaba con el intenso aroma a incienso de sándalo que flotaba en la habitación. Los sexos se mezclaban, se fusionaban. Aquella noche no sonó música y, sin embargo, muchos de ellos bailaron juntos dibujando rítmicos y lentos movimientos. Otros, más cegados por el placer, se adueñaron de sofás, sillas e incluso del suelo y se dejaron llevar por la pasión de ardientes prácticas amoratorias. Fundidos en íntimos abrazos, se exploraron centímetro a centímetro con las manos y la boca.

Devon frunció el ceño disgustado.

—Ya no soy capaz de distinguir una noche de otra.
—Su vida se había convertido en una nube borrosa.
No estaba viviendo de verdad. Simplemente existía.

Disgustado, se levantó; casi tropieza con las mujeres desnudas que estaban acostadas sobre la alfombra. Registró un vago recuerdo. Se había follado a una de ellas. Más de una vez, analmente, oralmente, y en todas las posturas que uno se pueda imaginar.

Cerró los ojos e intentó rescatar un recuerdo que no tenía ningún interés en recordar; en su boca se dibujó una mueca de disgusto. La imagen del cuerpo desnudo de aquella chica no conseguía hacerlo reaccionar. Se preguntaba si habría visto en ella algo más que una mera herramienta para saciar su apetito.

Emitió un profundo gruñido.

—Nada, maldita sea. Nada.

En lugar de sentirse satisfecho, se sentía vacío. Aquella mujer no significaba nada, no había causado ni las más mínima impresión en él. Ni siquiera sabía su nombre. Dentro de algunas horas no recordaría ni su cara.

—Qué Dios me perdone —dijo esbozando una malvada sonrisa—. Nunca pensé que me aburriría de la inmoralidad.

Triste, pero cierto.

Devon apretó los labios. Todo lo que debía ir bien en su vida iba mal. Muy mal.

Se sintió atrapado entre aquellas paredes, agobiado por la respiración de todas aquellas personas; necesitaba salir al exterior. Si no salía, empezaría a gritar y no pararía de hacerlo nunca más.

Se detuvo un momento para rellenar un vaso que, últimamente, se vaciaba con demasiada regularidad y

se encaminó hacia las puertas francesas que daban a los jardines traseros.

Cuando salió, se sintió más aliviado gracias al fresco y perfumado aire de la mañana, pero le seguía doliendo un poco la cabeza.

Mientras se bebía el jerez, observó cómo el día se abría paso entre las sombras. Aquellas silenciosas horas, cuando el mundo aún dormía, eran las que más duras le resultaban; la soledad se apoderaba de él y sentía que su alma estaba vacía. Pronto tendría que buscar refugio. Durante el día, sus energías y habilidades paranormales se debilitaban. Si se mantenía a cubierto, podía ir a cualquier sitio con bastante libertad. Cuando salía al exterior, al bajar del coche, debía apresurarse para ocultarse del sol. Sin embargo, últimamente, había flirteado con la idea de exponerse a la luz del sol.

El suicido lo tentaba, pero siempre se había contenido. Y no porque no fuese lo bastante fuerte; no necesitaba ser fuerte para exponerse a la luz del sol. Sólo debía caminar hasta que se le quemase la carne y su piel se convirtiese en polvo. Sin duda, una muerte como ésa sería dolorosa. Tal vez sería una penitencia bien merecida.

Ariel murió y él había sobrevivido.

Devon dio un paso hacia delante y luego otro; pero se sintió incapaz de dar un tercero.

Se paró. Enterró la idea de la autoinmolación en lo más recóndito de su mente. Los Kynn escaseaban. Los Amhais, acosadores de las sombras, operaban con eficiencia. Los cazadores de vampiros, empujados por el fanatismo religioso, no desistirían jamás. Él mismo había estado a punto de caer en sus redes en varias oca-

siones. Aquellos humanos eran expertos asesinos y estaban demasiado dispuestos a morir por su causa.

Para los Amhais, un vampiro era un vampiro. Y los vampiros debían ser asesinados.

A Devon se le hizo un nudo en la garganta. Un gélido escalofrío le recorrió la espalda. Ya había pasado casi un siglo desde que perdió a Ariel por culpa de esos estúpidos ignorantes.

A pesar de que nunca fue un hombre que se dejase llevar por la tristeza, cayó en una profunda depresión; su existencia se le antojaba una fútil maldición. La inmortalidad no significaba nada cuando se tenía que pasar en soledad, y la muerte de su señora era más difícil de soportar sabiendo que tenía toda la eternidad por delante. Creía que había progresado desde entonces, pero no era así.

Cerró los ojos. Recordar la muerte de Ariel le provocó un fuerte dolor de cabeza; sus manos empezaron a temblar. Temiendo desmayarse, se pasó los fríos dedos por los ojos y se presionó los párpados con fuerza. Él y Ariel no habían estado juntos durante mucho tiempo, pero la huella que ella dejó en él quedó indeleblemente grabada en su cerebro.

Ariel había sido su señora. Su amante. Ella lo había sido todo para él.

Habían planeado una eternidad juntos, y tuvieron menos de una década. Nunca encontraría una mujer que pudiese reemplazarla. En realidad, las mujeres que había actualmente en su vida sólo eran cuerpos bonitos; pasaban de largo en su vida y no dejaban huella alguna ni en su mente ni en su corazón.

Antes era un hedonista en el más amplio sentido de la palabra. Hubo un tiempo en su vida en el que no

podía parar de buscar el pecado; era su naturaleza. La vida estaba hecha para disfrutarla y había demasiadas tentaciones.

Sin embargo, había pasado ya mucho tiempo. El mundo había cambiado. Los humanos crecían, envejecían y morían a su alrededor. La tecnología había evolucionado, la geografía había cambiado, las culturas se encontraban y se fusionaban. Mantenerse a flote nunca había supuesto ningún problema para él.

Hasta ahora.

En algún momento que Devon no podía precisar con claridad, la entropía se había adueñado de su vida. La raíz de ese veneno anidó en sus sentidos y se adueñó de todo su ser. Finalmente, los dos monstruos de su vida, la lujuria y la codicia, se habían vuelto en su contra. La suma de ambos factores no aumentaba su calidad, sino que la deterioraba. Tenía treinta y cuatro años cuando dejó de cumplirlos, ahora estaba iniciando la primera mitad de su segundo siglo. La vida que un día juró conseguir ahora lo aburría terriblemente.

¡Mierda! Tenía la sensación de que todo le iba mal. ¿Se suponía que los inmortales padecían una crisis de mitad de siglo? No sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que no solucionaría ese bache comprándose cadenas de oro y un Lamborghini.

Devon observó el peligroso sol. De repente se le revolvió el estómago y le flaquearon las rodillas. Hacía tan sólo unos minutos su cuerpo ardía de deseo; ahora estaba completamente helado. El sudor empapaba su camiseta y le salpicaba la frente. «Tú y yo tal vez nos volvamos a encontrar.»

A su espalda, una voz irrumpió en sus pensamientos.
—¿Señor?

Devon se volvió. Simpson, su criado y confidente, estaba de pie detrás de él. Era un hombre discreto y completamente de fiar; se podía confiar en Simpson para que hiciese su trabajo y para que mantuviese los ojos abiertos y la boca cerrada.

Devon tragó con fuerza, pero no supo si se sentía aliviado o desilusionado. Su reunión con el brillante astro tendría que esperar. Tal vez mañana. Pero, definitivamente, no sería hoy.

—¿Se han ido ya?

Simpson, cuya tez era sombría y seria, asintió enérgicamente.

—Los he echado a todos.

Devon asintió. No había nada que odiase más que una casa llena de cuerpos exhaustos. Una vez concluida la orgía, quería que lo dejaran solo.

—¿Y la jovencita? —preguntó refiriéndose a su polvo más reciente.

Simpson frunció el ceño.

—Le he pagado y se ha ido. —Sus palabras destilaban desaprobación.

Devon tomó otro trago de jerez mientras pensaba que tenía pocas ganas de decir lo que iba a decir.

—Supongo que no debería traer a casa a toda esa chusma. —En ningún momento pretendió darle un tono interrogativo a su frase.

—Si me permite decirlo, señor —replicó el criado—, es peligroso que siga exponiéndose a esa gentuza. Su reputación no está en muy alta consideración. Cualquier día de estos...

—Me darán alguna sorpresa desagradable —lo interrumpió Devon, molesto—. Lo sé. —Últimamente no estaba siendo precisamente discreto.

Simpson resopló mirándolo bastante disgustado.

—Un poquito más de..., ¿cómo le diría?, moderación por su parte podría ayudar mucho a su reputación. Se habla demasiado sobre lo que ocurre en esta casa.

Devon arrugó la frente y encogió los hombros sintiéndose incapaz de protestar. Todo lo que Simpson estaba diciendo era verdad. Probablemente, llegados al punto en el que estaba, intentar salvar su reputación era inútil. Como Kynn había elegido no limitar su inclinación por la aventura sexual. En realidad, había hecho todo lo contrario. Explotó la mitología vampírica abriendo exitosos clubes nocturnos de temática gótica. Al hacerlo, había rehecho su fortuna en varias ocasiones. Cuando tenía algún problema, utilizaba una solución de hombre rico: el dinero.

Lo único que el dinero no podía comprar era su paz interior.

O el amor.

«Algo que no he vuelto a tener desde que Ariel murió.» Había empezado a dudar de si alguna vez volvería a tener la oportunidad de encontrar una segunda pareja.

Intentando olvidar ese tema, apuró el contenido de su vaso. La sensación de vacío le estaba comiendo por dentro.

—No quiero seguir hablando de este tema. —Sus palabras significaban: esta conversación se ha acabado.

—Por supuesto, lord Carnavorn. —Simpson sólo utilizaba el título de Devon cuando estaba molesto. Con los labios apretados, Devon se masajeó las sienes. Joder. ¡Que se cabree si quiere! El dolor de cabeza volvió con fuerza; tenía la sensación de que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Había bebido y follado

mucho y se sentía como una mierda. El agotamiento se había apoderado de él y ni siquiera se había dado cuenta. En lugar de sentirse vigorizado gracias a su reciente alimento, se sentía como un bloque de hormigón. Pesado, gris e inerte.

Un rayo de sol se posó sobre su piel y él volvió a las protectoras sombras. Simpson lo siguió. Como si intuyese los últimos pensamientos de su señor, el criado bajó las persianas. Se cerraron emitiendo un enérgico chasquido; podían protegerlo del mundo exterior, pero no de sus pensamientos.

Devon deseó poder cerrar los ojos y escapar a algún lugar indeterminado; vivir en paz en el limbo para siempre.

Simpson se quedó frente a él, manteniendo la distancia deliberadamente.

—¿Está usted bien, señor?

Devon tenía la mandíbula rígida. Le dolían mucho los hombros y el cuello.

—Estaré bien.

Por lo menos, eso esperaba.

Los excesos de la noche anterior empezaban a pasarle factura; se presionó los ojos con las manos. Tal vez, si se pudiese frotar con fuerza el cerebro, destruiría las neuronas de su cerebro y dejaría de pensar. De respirar. De existir.

Pensar en la cama vacía que le esperaba aún lo deprimía más. Últimamente dormía muy poco, principalmente porque odiaba enfrentarse a esa desierta extensión de sábanas frías. A pesar de la multitud de preciosas mujeres que había tenido a mano recientemente, se iba a la cama solo.

Otra vez.